

Honorables miembros del presídium, distinguidos profesores, compañeros graduados, familiares y amigos, ¡buenas tardes!

Es un honor y un privilegio estar hoy aquí frente a todos ustedes, para celebrar nuestra graduación en el campo de la bioética. En este momento trascendental, no puedo dejar de reflexionar sobre el significado profundo de nuestra labor y la responsabilidad que llevamos como doctores en esta disciplina.

Me gustaría empezar agradeciendo a nombre de María Eugenia y Óscar, a las extraordinarias personas que acompañaron nuestro caminar en este proceso. Con el riesgo de omitir a alguna, gracias infinitas a:

- la Universidad Panamericana, primero, por generar el espacio para esta disciplina, y segundo, por acogernos con tanta calidez y calidad;
- al Dr. Evandro Agazzi, piedra angular de la reflexión filosófico-científica en el mundo que ahora anida en nuestra universidad;
- a la Dra. Stéphanie Derive, quien con su claridad, precisión y

siempre atenta escucha facilitó nuestro andar;

- al Dr. Cantú, por ser tan generoso, comprensivo y solidario, es una bendición que hayamos podido compartir este trayecto con usted antes de su retiro, fuimos extremadamente afortunados en que fuera nuestro coordinador;
- a Eli por acompañarnos en este barco y fungir como faro;
- a todos nuestros tutores y cotutores de tesis: Dra. María de la Luz Casas, Dra. Lourdes Velázquez, Dra. Virginia Pascual, Dra. Sara Galbán: no las defraudaremos;
- a todos nuestros maestros por enseñarnos el arte de la bioética y compartirnos tanto;
- a nuestros seres queridos, que están hoy aquí, algunos en cuerpo, otros en espíritu, y que nos ayudan todos los días a estar un paso más cerca de nuestra meta, gracias por aguantar ausencias, desvelos, charlas desvariantes, preguntas incómodas, tecleos de noche, gracias por caminar con nosotros en esto.

Cuando nos preguntan en qué estamos haciendo nuestro doctorado, y respondemos *bioética*, la mayoría de las personas ponen una cara de no entender del todo. Algunos porque no saben

bien de qué se trata —o si se come— o por qué. A veces comenzamos con la pregunta más básica: ¿qué es bioética? Verdaderamente he tenido las contestaciones más extrañas: “¿Pero para qué?”, “¿Acaso podrás cobrar más tu consulta?”, “¡Bueno, se verá bonito en tu recetario!”, “¿Por qué no escogiste otra cosa?”.

La verdad es que, siendo cirujano de Colon y Recto, no es nada infrecuente que me cuestionen sobre mis decisiones profesionales. Incluso, es frecuente que pacientes me pregunten con el ceño fruncido y con algo de desagrado: “¿Por qué decidiste escoger esta profesión?” Yo les contesto que porque fui el último en escoger, y esa cara se convierte en una cara de preocupación. ¡Cómo si los estuviera atendiendo el más burro de la clase! Después les digo que porque me tocó tráfico y su cara, con un poco de alivio, cambia.

Pero volvamos a la bioética. En esencia, es un puente entre la ciencia y los valores humanos. Nos desafía a analizar y comprender las implicaciones éticas de los avances en la medicina y la tecnología, y cómo estos afectan a las personas y a nuestra sociedad en su conjunto. Aunque creo que va mucho más allá, ¿qué nos hace ser seres humanos y qué nos diferencia de los otros seres vivos?

Vamos a intentar hacer un ejercicio juntos...

No es lo mismo qué le dio el Hada Madrina a Pinocho que qué madrina le dio Hada a Pinocho.

¿Te acuerdas la primera vez que viste la película de *Pinocho*? Para muchos de nosotros solo basta cerrar los ojos y recordar la sala del cine, al lado de nuestros padres que nos habían llevado a verla, ocupando con nuestro cuerpo de niños un asiento hecho para adultos. O quizás estabas en la sala de tu casa, o de alguien más, descubriendo a este personaje entrañable.

Desde que empecé con esto de la bioética, hay pensamientos que dan vueltas en mi cabeza; y recientemente, hasta me han quitado el sueño. ¿En realidad somos libres o estamos determinados en nuestro actuar? El insomnio me llevó a recorrer la escena que había visto casi más de 40 años atrás. Geppetto le pide un deseo a la estrella más brillante en el cielo. A continuación, aparece el Hada Madrina Azul y, dando un movimiento sutil a su varita mágica, llena de luz la habitación y convierte a la marioneta en casi un niño de

verdad. “Sí, casi un niño como yo”, pensé entonces.

Ahora razono qué fue lo que hizo la magia: el libre albedrío. Eso tan especial que nos diferencia de ser casi ser humanos a ser seres humanos, la capacidad de decidir, de ser libres. Como dijo Arnold Gehlen: “El hombre no vive si no dirige su vida”.

Voy a abrir un poco el espacio para ayudar a esta reflexión, retomando rápidamente el concepto de Aristóteles con respecto al alma y sus cualidades. Él planteó que existen tres clases de alma, a saber. Vegetativa, caracterizada por la búsqueda de la satisfacción de las necesidades básicas, como la hidratación, la nutrición, la reproducción; es propia de las plantas, aunque también gozan de ella los animales y el hombre. Sensitiva, que se sintetiza en la posibilidad de percepción sensible, el apetito y el movimiento; esta es propia de los animales y del hombre. Por último, distinguió al alma racional, que es exclusiva del hombre y que es la que se conforma por las operaciones racional, libre y trascendental.

Retomando: es importante mencionar que la marioneta poseía ya

un alma con la capacidad operativa de la vida vegetativa, al crecer como el pino de donde provino su cuerpo. ¿Qué le dio entonces el Hada Madrina a Pinocho? Una vida sensitiva, dándole la capacidad que tiene un animal no racional, de alimentarse, buscar refugio, fabricar nidos, cazar o moverse en busca del mejor clima. Y también más importante: le dio un alma racional, que le permite actuar con libre albedrío, y que, a la vez, lo hace responsable de su actuar.

En general, tanto la vida vegetativa como la sensible cumplen un programa. Las tortugas marinas y las mariposas monarcas se encuentra programadas para ser lo que son, hacer lo que hacen y vivir como viven. Por supuesto que nuestra vida vegetativa y sensible responde también a un programa como el resto de los vegetales y animales no racionales, Sin embargo, nuestra humana capacidad simbólica y la experiencia racional de la cual depende nuestro actuar no tiene un programa estricto establecido, lo que nos otorga la oportunidad de autoprogramarnos como seres humanos. Somos, aparentemente, la única especie que tiene la opción de desprogramar nuestra vida sensible de animal no racional para reprogramarla en nuestra vida racional.

Actuar, en las palabras de Fernando Savater, es “llevar a cabo un proyecto que trasciende lo instintivo hasta volverlo irreconocible o suplir su carencia. Las acciones tienen que ver con diseños de situaciones virtuales que no se dejan en el presente, con el registro simbólico de posibilidad que no se agotan en el cumplimiento de paradigmas establecidos en el pasado, sino que se abren a futuros inéditos e incluso disidentes”.

La acción, como se marca en la historia de Pinocho, radica en decidir sobre si este cambia su rumbo de ir a la escuela o a la Isla de los Juegos. Las acciones humanas están enlazadas a la previsión, pero también a lo imprevisto. La vida racional nos obliga a responder a la urgencia y a las necesidades sensibles de la realidad, pero también a explorar y encontrar en ella capacidades aún no sentidas o experimentadas por la vida sensible.

Pinocho, durante la historia, nos revela que es un ser activo, puesto que no solo actúa a causa de la realidad, sino también activa la realidad misma, la pone en marcha. De modo que sin él nunca hubiera llegado a ocurrir.

Esto hace que también podamos decir: “Qué madrina le puso el Hada a Pinocho”, lo hizo inacabado, dándole la responsabilidad de reprogramarse. A diferencia de otros seres vivos, que dentro de su ser ya cuentan con un programa biológico que explica lo sofisticado de sus sentidos.

Los animales no racionales están programados con los sentidos y órganos superespecializados para hacer lo que su programa determine. Si se cambia sus entornos, se mueren sin remedio.

En cambio, el ser humano con su diseño de segunda, sin especialización, tiene la gran capacidad y responsabilidad de adaptarse y reinventarse en entornos completamente extremos y poder no seguir nuestro programa vegetativo y sensitivo para actuar en nuestra vida racional.

En las hermosas palabras de Michel Serres: “La palabra especie repite el término especialización. Por el contrario, nuestros órganos se desespecializan. Comparada con la pezuña de los rumiantes, con la pinza del cangrejo, con el tentáculo del pulpo, la mano no



especializada, termina por hacerlo todo, levantar un martillo, conducir un arado, tocar el violín, acariciar, hacer señas... Comparada con los picos de los pájaros, con las fauces del tiburón, con el hocico del perro, la boca, no especializada, acaba por hacerlo todo, morder, sin duda, pero también besar, silbar, hablar mil lenguas. Así podemos abandonar nuestros nichos especiales y abrirnos al espacio global. En lugar de habitar una localidad, lo humano, desdiferenciado, incluso indiferente, si nos atrevemos a decirlo, recorre el mundo, y viaja y, de golpe, desbordando el presente inmediato, entra en un tiempo diferente”.

En el hombre hay una perpetua indeterminación: estamos a medio hacer en comparación con cualquier otro animal no racional. Como dice Fernando Savater: “Envejecemos sin perder nunca del todo nuestro aire de simple esbozo, de apunte inacabado, nuestra esencial adolescencia”. Esto es la madrina que el Hada le puso a Pinocho.

Tenemos la vida racional, que, en mi opinión, se encuentra en el alma racional no material, como un dualismo ya argumentado por los grandes filósofos de la antigüedad, en especial por Platón en el

“Fedón”.

El conocimiento humano no se agota en las cosas físicas, sino que, de manera reflexiva, mediante la razón, puede partir de las cosas físicas para conocer que está más allá de lo físico. Esta capacidad no solo le permitió a Pinocho saber, sino que sabe lo que sabe; ser consciente de sí mismo y suponer la conciencia del otro como yo.

En otras palabras, estamos condenados a decidir. La ética es el arte de vivir optando por lo bueno y descartando lo malo. No se me ocurre un doctorado mejor que tratar de aprender de todos ustedes el arte de vivir. Para que seamos no solo mejores profesionistas, mejores hijas e hijos, mejores parejas, mejores madres y padres, mejores ciudadanas y ciudadanos del mundo, mejores amigas y amigos, mejores compañeras y compañeros... En fin, mejores seres humanos.

Como Pinocho, ahora se nos ha puesto esta madrina también. Como doctores en bioética somos conscientes de mucho más y debemos responder con mayor compromiso. Tenemos la oportunidad de ver

más allá del utilitarismo moderno, tenemos la obligación de ser mediadores de la realidad en la que continuamos participando y de la verdad que podemos conocer más allá de lo tangible.

Por ejemplo: “No todo lo técnicamente posible es éticamente correcto”, reza una de las máximas de la bioética. Es aquí donde nuestra labor cobra sentido, al proponer, con bases de profunda reflexión filosófica, el sentido y la dirección que los avances de la ciencia deben adquirir. ¿Hasta dónde nuestro conocimiento de la manipulación genética nos permite editar a nuestros propios hijos?, ¿dónde se debe poner el límite al esfuerzo por mantener a alguien con vida a costa de su propio sufrimiento?, ¿cuáles son las consecuencias de subrogar un vientre en términos de identidad y filiación?, ¿cuál es el impacto social de prohibir o apoyar la eutanasia? ¿dónde el límite de lo médicamente posible se debe poner en aras de resguardar la dignidad humana? Estas y muchas preguntas más surgen de la reflexión bioética.

En diciembre de 2019, el mundo fue testigo de lo insólito: volvimos a la incertidumbre de la enfermedad. Como si la Tierra parara de girar sobre su propio eje, nos suspendimos en el tiempo para temer

por nuestro futuro como individuos y como especie. Se vivieron momentos desgarradores donde las decisiones políticas, sociales, económicas y médicas fueron insuficientes, erráticas. Se retó a nuestra sensación de omnipotencia e invulnerabilidad como especie. El quehacer bioético se vio sacudido también al enfrentarse con escenarios impensados, en los cuales se tuvo que ponderar la vida de unos sobre la de los otros. Y al ser una disciplina viva que aún se construye, se cuestiona y se reinventa, los bioeticistas pudimos ser testigos de primera mano de que no tenemos todas las respuestas, pero tenemos bases para buscarlas en conjunto y que nuestro proceder ayuda en los momentos donde todo parece turbio.

Estudiar esta disciplina trajo —mis compañeros no me dejarán mentir— un cuestionamiento por el propio ser, la propia congruencia, el propio actuar moral. Intentamos, primero en lo personal y luego en las otras esferas de nuestra vida, actuar bajo cuatro virtudes cardinales: la prudencia, la justicia, la templanza y la fortaleza. Defendiendo la autonomía, la beneficencia, la no maleficencia y la justicia. Nos equivocamos muchísimo, pero aprendimos a buscar el justo medio dentro de nosotros, de nuestra

reflexión y de nuestro diario discurrir.

Finalmente, siempre he creído que hay un azar de nacimiento: donde no hicimos nada para haber nacido en un lugar donde no nos faltó que comer, donde pudimos desarrollarnos, donde tuvimos los padres que tuvimos, amistades, desarrollo, y que nos dio la oportunidad de estar a punto de ser doctores en Bioética. Y es también por el azar que las personas llegan a nacer en condiciones de pobreza y vulnerabilidad. Entonces, debemos agradecer profundamente al azar que nos puso con nuestros padres, familias y compañeros.

Por último, quiero felicitar a mis compañeros graduados por su dedicación, esfuerzo y pasión por la bioética. María Eugenia, Óscar: ¡LO LOGRAMOS!

¡Gracias Infinitas!

Buenas tardes a todos.